Fauna Guardianes

XIKNAL

El rosa que falta

ESPÁTULA ROSADA · Una aventura ilustrada





01

Lo más bonito de la laguna

—Este año —dijo la maestra Rocío— la escuela va a pintar un mural en la barda que da a la carretera. Cada quien pinta lo más bonito de la laguna.

Abril no tuvo que pensarlo. Las chocolateras.

Así les dicen en la ribera a las espátulas rosadas. Su abuela Amanda les dice cucharitas rosas, por el pico. Cuando era niña, cuenta, al atardecer pasaban nubes rosas sobre la laguna: cientos de chocolateras juntas, rumbo a la isla donde duermen.

Abril compró el bote de pintura más rosa de la tlapalería. Rosa mexicano.

—Para pintarlas bien —dijo su mamá—, hay que verlas.

Su mamá, Chela, era atarrayera: pescaba camarón con una red redonda que lanzaba al aire y caía abierta sobre el agua, como una falda. Salía antes del amanecer en su cayuco, y esa vez se llevó a Abril, con su cuaderno de dibujo y sus colores.

La laguna estaba gris de neblina. En los bajos, donde el agua apenas cubre los tobillos, algo se movía en fila.

Abril sacó su color más rosa y esperó la luz.



02

A ciegas

XIKNAL comía sin mirar.

Metía el pico en el agua somera, lo entreabría y lo movía de lado a lado, despacio, como quien barre. Cuando algo le rozaba la cuchara —un camarón, un pececito—, el pico se cerraba solo. Así comen las espátulas desde siempre: con el tacto, no con los ojos.

Esa mañana barrió mucho y cerró poco.

—¿Me veo pálida? —preguntó una de las de junto.

—Todas —dijo XIKNAL, sin sacar la cuchara del agua.





Atrás de la fila, una espátula joven barría el aire más que el agua. Era casi blanca, con la cabeza todavía cubierta de plumas y apenas un rosa de pétalo en las alas.

—¡Choca! —le gritaron las demás—. ¡Te estás quedando atrás!

—¡No me digas Choca, que me choca!

Pero así le decían todas, y así se quedó.

XIKNAL la esperó. En la laguna, la que se queda atrás come lo que dejan las de adelante. Y ese año, las de adelante no dejaban casi nada.



03

Rosa mexicano

Cuando salió el sol, Abril destapó su rosa mexicano y lo puso junto a las chocolateras.

No era el mismo color. Ni de cerca.

Las de la laguna eran de un rosa deslavado, como camisa vieja. Y una, al final de la fila, era casi blanca.

—¿Esa está enferma? —preguntó.

—Es joven —dijo su mamá—. Las jóvenes nacen blancas. El rosa les sale con los años... y con lo que comen.

—¿Y qué comen?

Chela lanzó la atarraya. La red se abrió en el aire como una falda y cayó sobre el agua.

Cuando la subió, en la red brincaban unos cuantos camarones. Chicos, casi transparentes.

Chela escogió los más grandes y regresó los demás al agua.

—Los chicos, a crecer —dijo—. Camarón. Eso comen. Lo mismo que nosotros.

—¿Y por eso son rosas?

—De eso es su rosa. Del camarón que se comen.

Abril miró la red casi vacía. Luego miró a la chocolatera blanca.

—Entonces este año —dijo despacio— la laguna está pintando poquito.





04

El dren

Ese mes llegó la máquina.

En la vega, junto a los bajos, el ingeniero Paredes iba a trazar lotes. Había familias esperando dónde construir, y para construir hacía falta tierra seca. La máquina abrió un dren largo y derecho, y por ahí el agua de los bajos empezó a irse hacia el río, día tras día, sin hacer ruido.

Primero se vieron las raíces de los pastos. Luego, el lodo. Luego el lodo se agrietó como una tortilla dura.

XIKNAL llegó una mañana a los bajos de siempre, metió la cuchara y la sacó llena de lodo duro.

Barrió otra vez. Nada. Los camarones se habían ido con el agua.

La bandada dio vueltas sobre los charcos que quedaban, cada vez más chicos y más tibios. Al tercer día, XIKNAL levantó el vuelo hacia una laguna lejana que conocía de otras secas. Las demás la siguieron en fila, con el cuello estirado.

Choca voló al final, aleteando de más. Pero voló.





05

Garzas

Abril pintó lo que había visto.

En su tramo de barda puso una fila de chocolateras de rosa deslavado, como camisa vieja. Y al final, una casi blanca, con la cabeza emplumada.

—¡Pintó garzas! —gritó alguien, y todos se rieron.

La maestra Rocío se acercó con los brazos cruzados.

—Abril, un mural es para que se vea bonito. ¿Y el rosa?

—Así están —dijo Abril—. Las vi.

—La gente quiere ver lo que se acuerda.

—¿Aunque ya no sea cierto?

Esa tarde fue en bicicleta hasta los bajos para verlas otra vez.

No había ninguna.

Solo lodo agrietado, el dren corriendo y unas garzas aburridas. Abril se sentó en la orilla con el cuaderno abierto y no dibujó nada. No se puede pintar lo que no está.

En la casa, su abuela Amanda la vio llegar con la cara larga.

—Se fueron —dijo Abril.

—Se van cuando falta el agua —dijo la abuela—. Y vuelven cuando vuelve. A veces.

Ese «a veces» se le quedó a Abril toda la noche.





06

La laguna lejana

La laguna lejana tenía agua, pero no alcanzaba para todos. Habían llegado bandadas de otros bajos secos: garzas, pijijes, cigüeñas, espátulas que XIKNAL nunca había visto.

Comían hombro con hombro, barriendo la misma agua.

Choca se metió entre las grandes a empujones, cerró los ojos, barrió... y atrapó un camarón. Luego otro.

—¡Choca! —le gritaron—. ¡Deja algo!

—¡No me digas...! —empezó Choca, con la boca llena, y ya no terminó.

Por las tardes, XIKNAL se paraba en una rama y miraba hacia el sur, hacia los bajos de siempre.

No sabía de lotes ni de máquinas. Sabía de agua: cuándo baja, cuándo sube, cuánto tarda en llenarse un bajo seco y cuánto en llenarse de camarón.

Las nubes de lluvia todavía no llegaban.

XIKNAL se acomodó para dormir, con la cuchara escondida bajo el ala. En la laguna, esperar también es buscar.





07

El rosa que falta

Faltaba una semana para la inauguración, y a Abril se le ocurrió.

Arriba de sus chocolateras deslavadas, con un lápiz grueso, dibujó otra bandada: muchas más, cientos, volando en fila hacia la isla, como las nubes rosas que contaba su abuela. Pero no las pintó. Las dejó en puro contorno, con la barda blanca asomándose adentro de cada una.

La maestra Rocío se quedó mirándolas.

—¿Y esas?

—Son las que faltan —dijo Abril.

La maestra no dijo nada más. Esa tarde le prestó una escalera más alta.

El dos de febrero, Día de los Humedales, la carretera se llenó de gente que pasaba a ver el mural: garzas, lirios, pejelagartos, tortugas de todos colores.

En el tramo de Abril, la gente se detenía más.

Don Beto, el más viejo de la ribera, se quitó el sombrero.

—Así pasaban —dijo—. Nubes. Uno no se fija cuándo empiezan a faltar.

Su mamá, otras atarrayeras, el de la tienda, el ingeniero Paredes. Nadie dio un discurso. Pero esa tarde, a la orilla de la carretera, se platicó de la laguna como no se platicaba en años.





08

Lo que se platica

Abril lo oyó en la tienda, en el embarcadero, en la fila de las tortillas: que antes el camarón era más grande; que la vega siempre se había inundado, y que por eso los bajos tenían agua en la seca; que una casa en la vega se iba a mojar en la primera creciente.

El ingeniero Paredes fue a ver los bajos con la comisaria. Luego fue a ver la loma.

Al final, los lotes se trazaron en la loma, donde el agua no llega. Y al dren le pusieron una compuerta, para cerrarla en la seca.

En la laguna lejana, una tarde, el viento cambió de olor.

XIKNAL levantó la cabeza. Olía a tierra mojada, a lluvia que viene de lejos.

Esa noche cayó el primer aguacero. Luego otro. Luego una semana entera de agua.

Al sur, la creciente entró por la vega despacio, como quien vuelve a su casa, y esta vez se encontró con una compuerta cerrada que no la dejaba escaparse.





09

La creciente

Cuando los bajos se llenaron, XIKNAL lo supo como saben las espátulas: sin que nadie se lo dijera.

Levantó el vuelo una mañana limpia y la bandada se levantó con ella. Volaron hacia el sur en fila, con el cuello estirado, sobre potreros verdes otra vez.

Se posaron en los bajos de siempre. XIKNAL metió la cuchara en el agua nueva, la movió de lado a lado...

Y el pico se cerró solo.

Abril las vio llegar desde la bicicleta y casi se cae.

Corrió por su cuaderno. Se sentó en la orilla y dibujó hasta que se le acabó la luz: la fila barriendo el agua, los picos abriéndose y cerrándose, los camarones brincando.

Seguían pálidas, igual que antes.

—El rosa tarda —dijo su mamá, que regresaba en el cayuco con la red pesada—. Primero tiene que volver el camarón. Luego hay que comérselo. Luego, esperar.





10

Un poco más de rosa

Al año siguiente, el dos de febrero, Abril subió a la escalera con un frasco chiquito de pintura rosa.

No rellenó toda la bandada. Nada más pintó, adentro de los contornos, tantas chocolateras como las que había visto ese año en los bajos, y del rosa exacto que tenían: un poco más fuerte que el del año anterior.

Las demás las dejó en blanco.

—¿Y cuándo las vas a acabar? —le preguntó la maestra.

—Cuando la laguna me diga —dijo Abril.

Esa tarde, la bandada pasó sobre la escuela rumbo a la isla, en fila, con el cuello estirado.

Al final iba una espátula que ya no era blanca. Tenía las alas de un rosa de amanecer y la cabeza empezando a quedarse sin plumas.

—¿Ya soy rosa? —preguntó.

—Un poco —dijo XIKNAL.

—¡Choca! —le gritaron las demás—. ¡Apúrate!

La joven pensó en protestar. No protestó.

Abajo, en la barda, una niña con la cara manchada de pintura las contó, una por una.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

La espátula rosada, a la que en Tabasco llaman chocolatera, come por el tacto: barre el agua somera con el pico entreabierto y lo cierra en cuanto toca un camarón o un pececito. Su rosa no es de nacimiento: viene de pigmentos que hay en lo que come, sobre todo en los crustáceos. Las jóvenes son casi blancas y tardan unos tres años en tener el plumaje de adulto. Anidan en colonias, en árboles sobre el agua, junto con garzas. Necesitan bajos con poca agua para comer: si un humedal se seca o se drena, se van a buscar otro. A finales del siglo XIX y principios del XX se cazaron tanto por sus plumas que casi desaparecieron de algunos lugares; con la protección, volvieron.

Lo que inventamos

XIKNAL, Choca, Abril y su familia son personajes inventados, y también el mural, el dren y la compuerta de este cuento. Las aves no conversan: aquí lo imaginamos. El color de una bandada en un solo año no basta para saber cómo está una laguna; los biólogos lo comparan durante muchos años, junto con otras medidas. Si visitas una colonia de aves, hazlo con un guía, en silencio y de lejos.

Tu turno

Escoge un animal o una planta de tu barrio y dibújalo tal como lo ves hoy, no como sale en los libros: su color, su tamaño, cuántos hay. Guarda el dibujo con la fecha. Dentro de un año, dibújalo otra vez en el mismo lugar. ¿Qué cambió? Pregúntale a alguien mayor cómo era cuando tenía tu edad.

Para seguir descubriendo

Cornell Lab of Ornithology · All About Birds · Roseate Spoonbill · https://www.allaboutbirds.org/guide/Roseate_Spoonbill/overview

Florida Fish and Wildlife Conservation Commission · Roseate Spoonbill · https://myfwc.com/wildlifehabitats/profiles/birds/waterbirds/roseate-spoonbill/

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en noviembre de 2026.

El rosa que falta

Abril tiene que pintar lo más bonito de la laguna para el mural de la escuela, y escoge las chocolateras. Pero las de verdad ya no son del rosa que todos recuerdan. ¿Las pinta como se acuerda la gente, o como las vio?



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Colección Wanha' · Cuento 2 de 5 · Edición visual V3.0 · Noviembre de 2026

Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

XIKNAL, nombre propuesto por José Darwin Alejandro Hernández; Choca, por César Augusto de la Cruz López. Del concurso de nombres de los Guardianes de Wanha'.

betafaunaguardianes.pages.dev